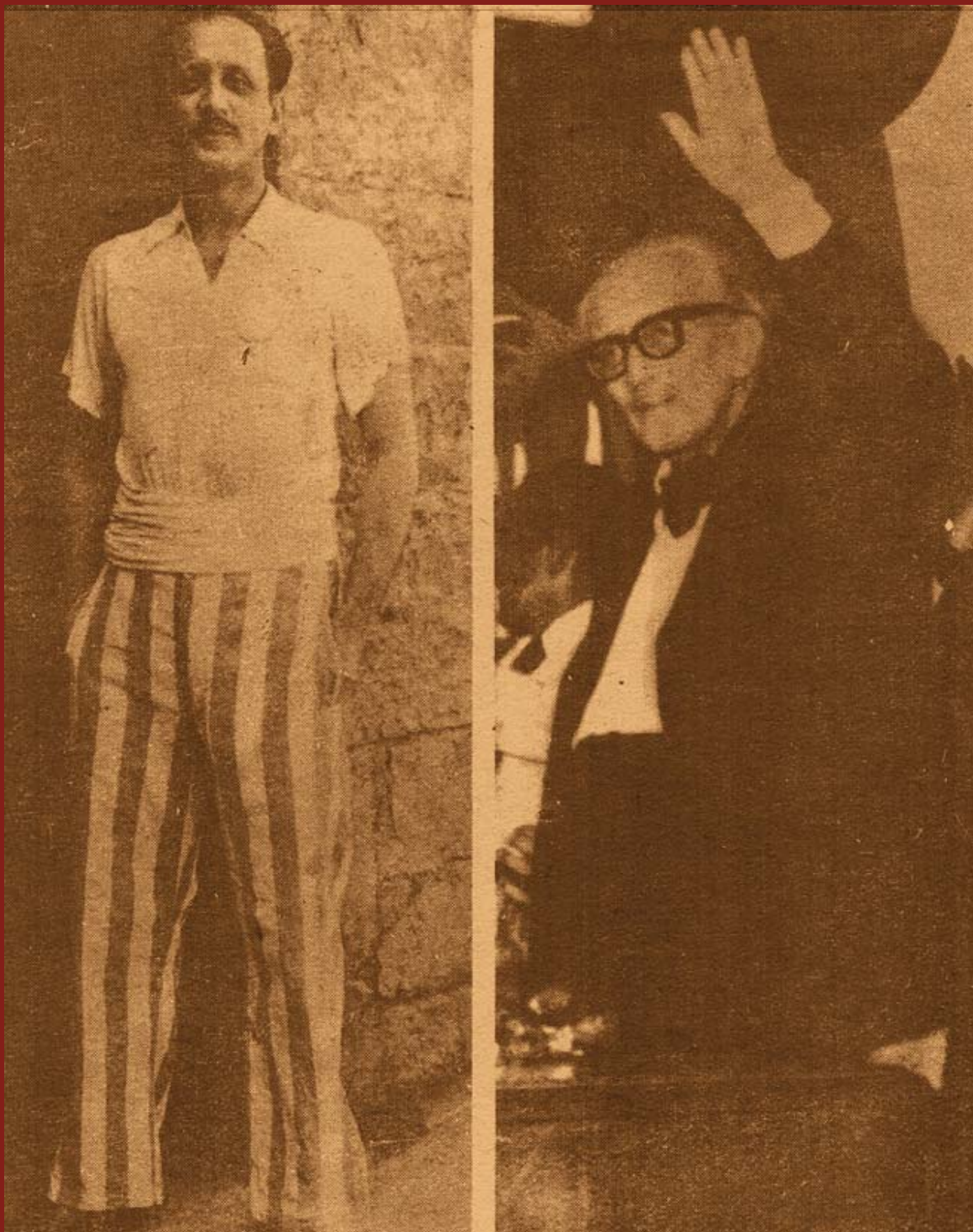




**Juan Seoane Corrales**

# 7 DIAS

DEL PERU Y DEL MUNDO



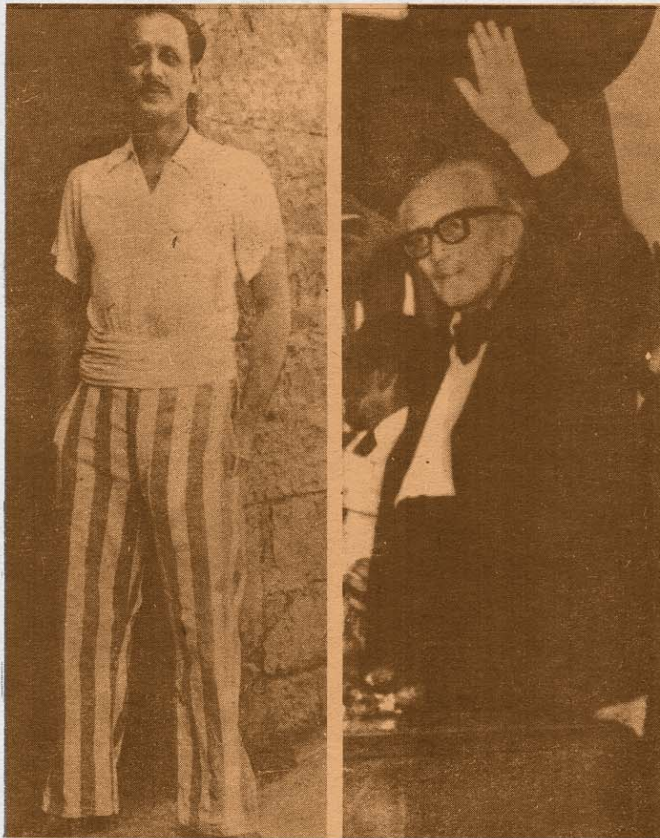
# Y HABIA UN HOMBRE QUE SE LLAMABA JUAN

**T** VIVIO EL PERU TRAGICO DE LAS DICTADURAS

**E**l 11 de Enero pasado a los 80 años de edad, falleció Juan Seoane Corrales, accidentalmente Doctor en Leyes y siempre ejemplo perenne de estoicismo y valor en las más duras condiciones que puedan presentarse a un hombre. LA TRIBUNA, cuya casa frecuentó en diferentes etapa de la vida de este diario, le rinde su homenaje de admiración y fraternidad.

Juan se había orientado en las labores judiciales y tenía por delante la trayectoria de su ilustre padre, célebre Fiscal de la Nación, cuyas opiniones jurídicas sentaban precedentes legales. Pero llegó el Aprismo y el militante Juan sintió el hálito de la emoción y el sacrificio popular. Manolo, le advirtió: **"Juan, no milites porque el riesgo es grande. Y tú tienes mujer y cuatro hijos"**. Los claros ojos de Juan no pestañearon y se fue adentrando más y más en el Partido. Vino la ilegalidad en Febrero de 1932 y Juan se inmergió en los cuadros de la clandestinidad.

La suerte de su vida se la 1932, en el Club de Regatas Lima. Por su mano había pasado —días antes— la pistola que él ignoraba iba a disparar contra Luis M. Sánchez Cerro, esa mañana en Miraflores, desde la voluntad magnificada de José Melgar Marquez. Juan fue esa tarde al local deportivo chorrillano y remó



*Juan Seoane en prisión. Y en una de sus últimas visitas al Local del PAP de Miraflores.*

pausadamente. En el Libro de Partes, que indica los incidentes de cada salida de las embarcaciones, está el indicativo de la tripulación. Y comenta que el remero Juan bogó igualmente; es decir bien. Al llegar al muelle, de regreso, lo asaltaron noticias alarmantes: su casa de Miraflores había sido allanada por la Policía Política, en su búsqueda. Los ami-

gos aconsejaron: **"Juan; no acudas a tu casa. Escóndete hasta que pasen las cosas. Te hará pagar por Manuel, a quien quieren herir por tu intermedio"**. El hijo de un general ofreció su hogar seguro. Pero Juan lo jugó todo, incluso la vida. Razonó con energía: debo ir, soy inocente de cualquier situación, mi huida implicaría mi culpabili-

dad. Además no puedo dejar a mi mujer y a mis hijas solas, con mi casa ocupada. No admitió réplicas y marchó al sacrificio.

Días después era condenado a muerte. Su defensa fue serena, valiente, estoica. El tranquilo Juez de Paz daba una lección de hombría ante el patíbulo. El clamor nacional y el internacional, la aberración de una ley de pena de muerte aplicada con efecto retroactivo, detuvieron al pelotón de fusilamiento, pero no suprimieron la pena mortal hasta semanas después. Juan vio cómo labraban su ataúd; que lo depositaban en el corredor de su celda. Vivió en capilla semanas interminables, sintiendo la llamada de los verdugos en cada amanecer. Vino luego, la conmutación de la pena y 10 años de presidio en las peores condiciones. Y finalmente el indulto.

De su cautiverio quedó el testimonio de **"Hombres y Rejas"**, de sus innumerables cartas, de su lealtad y varonía ejemplares. Su libro es clásico en la literatura peruana. Su ejemplo, alumbró a las nuevas generaciones peruanas: es el gran testigo del Perú trágico de las dictaduras. Sus últimos años, ya agobiado por la enfermedad, los pasó como el otro Juan, el Evangelista, en Patmos: avizorando el porvenir del Perú, vigilando la unidad del Partido de sus amores, incentivando a la juventud, reuniendo a los veteranos de las grandes batallas de antaño y dictando una cátedra perenne de dignidad revolucionaria.

Por eso fue conducido a su fosa en hombros de los mozos y mecido por la canción con que el Apra despide a sus combatientes: **Paso, paso, a Juan, el caído, por la Justicia y la Libertad.**



José Melgar, Serafín Delmar y Juan Seoane

### III

#### EL IMPACTO POLITICO EN LA NARRATIVA

JUAN SEOANE (Lima, 1899) surge como escritor, primero a través de algunos patéticos cuentos de índole política y social, y después como consecuencia de un libro irrestañable, *Hombres y rejas* (Santiago, Ercilla, 1937).

Hasta este libro, Juan Seoane (hermano de Manuel) no había sido más que un aficionado, un "amateur". Desde ese libro, Juan Seoane es quizá el narrador más intenso de las letras peruanas y el patrocinador sin regateos del género confesional, largamente olvidado por nuestros escritores.

En este caso no se puede evitar la insistencia biográfica. La obra refleja aquel ritmo. Sin mencionarla y aclararla no podríamos avanzar más de un palmo.

En efecto, Juan Seoane como José León y Bueno, otro gran escritor de un solo libro (*Diario de un cabotaje infortunado*, 1947), había sido un hombre de vida quieta, consagrado a las tareas jurídicas, como juez. Hijo de un magistrado de la República, Fiscal de la Corte Suprema, como fue don Guillermo A. Seoane, Juan seguía las huellas de su ilustre padre. Era Juez de Paz en Lima, padre de familia, de vida sosegada. Los sucesos políticos siguientes a la caída de Leguía y a la fundación del Partido Aprista Peruano y, sobretudo la mutilación ilegal del Congreso de que formaba parte su hermano Manuel, lo colocaron en una situación de inesperada beligerancia. Más tarde, el 7 de Marzo de 1932, un joven estudiante aprista atentó, sin resultado, contra la vida del dictador Sánchez Cerro. Juan Seoane fué acusado de haber facilitado el arma al nuevo "Sacha Yegulev". En ese

tiempo estaba abolida la pena de muerte en el Perú. A raíz del atentado, la restableció el Congreso, y Seoane, el escritor Delmar y el joven estudiante fueron sometidos a un procedimiento sumario, y los dos primeros condenados a muerte, pese a que nadie puede ser juzgado sino por ley preexistente, y que, ninguna ley tiene efecto retroactivo. Seoane, cuya culpabilidad jamás se demostró, y el joven estudiante, que no era mayor de edad aún, estuvieron en capilla durante sesenta días, viendo sus ataúdes, escuchando toda clase de disterios y amenazas. Fueron torturados mentalmente con refinamiento digno de *El jardín de los suplicios*. Esa es la peripecia que Juan Seoane convertido en escritor a fuerza de tormentos refiere en su libro, que pudo salir subrepticamente de la Penitenciaría e ir a manos del autor de este libro, quien ejercía las funciones de director de una Editorial en Santiago de Chile. Juan Seoane siguió en prisión hasta 1941, en que fué indultado; pasó, pues, nueve años en la cárcel, varios de ellos incomunicados. Posteriormente, Juan Seoane ha escrito cuentos, algunos de ellos publicados en *Crítica* de Buenos Aires y en *La Tribuna* de Lima.

*Hombres y rejas* es un libro único en el Perú, por la rica experiencia y el intenso patetismo que revela; pertenece al tipo de literatura más que comprometida, encarcelada. En ciertos momentos recuerda a *La casa de los muertos* de Dostoyewski. Es cierto que el autor ignora los recursos retóricos, los ardidés literarios, y que, en un afán de liberación psíquica, se limita a reflejar los hechos y a retratar a los personajes reales con sus nombres auténticos, (no en la 2ª edición), como una máquina registradora, pero una máquina desgarradoramente emotiva. Se advierte que el libro obedece a una necesidad de confesión, no de denuncia. Un hombre culto y refinado, padre de familia crecido en la función de Juez, se encuentra de pronto convertido en delincuente, tratado como el peor de los reos, trocado el nivel social de que disfrutaba por nacimiento y labor, en un antro miserable como son las cárceles del Perú, y en lugar de sus amigos abogados, artistas y gentes de salón en la atroz convivencia con la hez del crimen. Además, se encara en el papel de acusado, con amigos de infancia, encumbrados por causas políticas, que ya no le tratan como igual sino como a un inferior. La reacción de un temperamento exquisito como el de Juan Seoane fué este libro, que, por ese origen y ese proceso, no tiene igual en nuestras letras, por mucho que se pretenda poner a su nivel *Prisioneros junto al mar* de Armando Bazan, *Sol: están devorando a tus hijos* de Serafin Delmar, *La Prisión* de Gustavo Valcárcel (1953) y *El Sexto* de José María Arguedas (1961). La intensidad del relato de Juan Seoane, quien evita todo abalorio, corre parejas, siendo mucho más auténtico, con la pasión que sacude las tremendas páginas de *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa (1963), pero treinta años antes. En realidad, salvo algunos párrafos que pretenden ser doctrinarios y que son fruto de lo intempestivo y violento

del choque espiritual, y salvo la imagen real de los personajes, a quienes el extranjero, con más suerte juzgará como seres imaginarios, dándoles así mayor vitalidad y relieve, *Hombres y rejas* es un libro difícil de igualar.

En el prólogo a la primera edición, el novelista Ciro Alegría dice:

"Estoy aquí no a guisa de magister ni de dómine. Sí, como un compañero de ruta. Aprista ruta dolorosa y esperanzada, que es a ratos trocha en selva y a ratos huella entre breñas, pero que, por ir hacia un noble fin, es siempre satisfacción de la conciencia, alegría del espíritu"... *Hombres y rejas* cruje desde el título. No solamente con chirriar de goznes humanos anquilosados por la inmovilidad y la sombra (ed. 1937, p. I y III).

El libro de Juan Seoane empieza de esta hermosa manera:

"Cuando se acaba el día del presidiario y los seis golpes lúgubres doblan, a la sepultura de los cuerpos desfilan los uniformes rayados por los estrechos corredores, mientras las palancas y los cerrojos en destemplada sinfonía preludian el funeral de su libertad. La muerte de los cuerpos. Tras las rejas, los autómatas quedan de pie, los brazos lacios, la frente en los barrotes. Lentamente la toma un rictus y en los ojos se anuncia la lumbrarada de una hoguera interior. Nace el alma del cuerpo en agonía. Del rescoldo de las cenizas muertas va surgiendo el recuerdo, y una emoción difusa perfila un rostro de mujer. Despiertan los amores, y en el cinematógrafo mental, los hijos interrogan el *por qué* de la vida. Veloz pasa a otros rostros, y se abre amplio el paisaje de la vida y su lucha. La Humanidad" (Cap. I).

Los diálogos de *Hombres y rejas* son de una velocidad vertiginosa. Llevan el sello de la tragedia implacable, la vehemencia, el ansia de decirlo todo de una vez, como quien arroja una botella al mar. Oigamos uno, entre el protagonista —el autor y un agente de policía secreta: ya dentro de la Penitenciaría:

"El fin del atentado se ha frustrado, pero los corifeos tiemblan aún de desconcierto. El agente me repite al oído:

—Está usted perdido..... Si le pudiera servir de algo..... Un encargo, cualquiera cosa.....

Comprendo que no debo confiar:

—Gracias no necesito nada.

Es medianoche y el viento se cuela por las rejas. Un escalofrío me sacude la espalda.

—¿Y a quien espero aquí?

—Al Prefecto que está tomando declaraciones.

La vista se me pierde en la cúpula que remata al jaulón. A media altura corre un pasadizo volado al que dan acceso varios cuartos.

—Allí está Melgar —apunta el agente.

El corazón me da un vuelco.

—¿Sí? ¿Y como sigue?

—Grave. El disparo en la cabeza lo ha cegado y no creen que pase la noche.

—¡Que desgracia,

La voz seca se apaga sin dejar estela en el sonido. El agente se acon-  
fianza.

—¡Valiente muchacho! ...Y lo han sacrificado porque a él lo han man-  
dado otros.....

—No creo..... ¿Hay más presos?

—Uff.....

—¿Aquí?, pregunto.

—Sí.

—¿Quiénes son?

—No sé... Y no me diga más... No debo hab'arle.

(p. 15)

*Hombres y rejas* contiene páginas tremendas, pasadas directamente del alma al lápiz, porque en lápiz fueron escritas, según los originales que manejamos. Sin duda es el libro más angustiado y angustiante de nuestra literatura. Cuando pasen más años y los protagonistas reales y las incidencias auténticas se hayan convertido en signos, cada palabra, cada situación, cada personaje (dejando de lado, repito, algunas innecesarias disertaciones teóricas), cobrará el relieve vital, es decir novelesco, que les imparte el terrible drama de que son fruto.



Dirigentes apristas manifiestan su filiación en la Penitenciaría de Lima. Aparecen Carlos Manuel Cox, Fermín Ávila, Leopoldo Pita, Arístides Guillén, Juan Seoane, Agustín Haya de la Torre, Ramiro Prialé y Marcelo Obando. La imagen se sitúa entre 1935 y 1938. (ARCHIVO ENRIQUE COX CASSINELLI).

